



CAPITULO V

El monismo mecánico, y su importancia para la Ciencia y la vida práctica.

§ I

El monismo mecánico considerado como hipótesis científica.

646. Entre los sabios sensatos y circunspectos no se abriga ya hoy duda alguna de que el renombrado autor de la teoría de selección ó adaptación mecánica no ha conseguido mostrar de qué modo haya podido efectuarse la descendencia por vía de transmutación puramente mecánica. Las razones que nos enseñan cuán débil es el darwinismo, confirman á la vez hasta la evidencia que ninguna otra teoría puede lograr jamás demostrar ser posible que los organismos se hayan originado sin intervención de ningún principio formal teleológico. Esto basta para desterrar para siempre del terreno de la Ciencia el monismo mecánico. Peca también este monismo en creer que puede admitir una serie continua, nunca interrumpida, de transmutaciones en el reino orgánico, pues hemos visto que los hechos naturales excluyen semejante suposición. Por último, la tentativa de dicho monismo de mostrar de qué modo se ha podido desarrollar la descendencia conforme á las leyes naturales hoy vigentes carece de todo fundamento y aun de todo interés científico, pues que, según hemos visto, la descendencia genealógica no es idónea para explicar las relaciones ideales de parentesco en el reino de las cosas organizadas.

Puede ahora suscitarse la cuestión de si el naturalista no debe tener licencia, desde el punto de vista en que la Ciencia le coloca, para mantener, al menos como hipótesis, opiniones tales como las que tenemos rebatidas.

647. Esta cuestión no tiene relación alguna con la cuestión

general relativa al valor que tengan las "hipótesis, para la Ciencia. Ningún hombre discreto pondrá en duda el valor heurístico de la hipótesis. "Establecer hipótesis, dice el catedrático SEMPER, suscitar contiendas científicas es sal y levadura para la Ciencia ". Bien entendida esta frase, es verdad. Prohibir absolutamente las hipótesis sería tanto como privar á la investigación de uno de sus más valiosos auxilios, ligar á la Ciencia una arteria vital. Extraño es que en los tiempos presentes se quiera permitir la hipótesis solamente como *arcano de los sabios*, de manera que el *vulgo*, la publicidad, no sepa nada de ellos. De esta suerte se debería tratar también al monismo como hipótesis; pero no se debería, según el catedrático SEMPER añada á las palabras antes citadas, llevar el combate *ante el público*, ni consentir que la pública opinión se erija en juez de la contienda. Con más decisión que ningún otro, el catedrático VIRCHOW se ha expresado en este sentido, como es sabido. "No debemos olvidar, dijo á los naturalistas reunidos en Munich, que las cosas que nosotros decimos aquí con cierta tímida reserva son divulgadas por los de afuera con seguridad mil veces mayor... Imagináos cómo se representa ya en la cabeza de un socialista la teoría de la descendencia basada en el monismo mecanístico. ¡Ah, señores! Puede haber á quien esto dé risa, pero no por eso deja de ser muy grave, y quiero esperar que la teoría de la descendencia no nos acarree tantos horrores como teorías análogas á ella han causado en la vecina República francesa. Sea como fuere, también esta teoría, consecuentemente desarrollada, tiene un lado sumamente grave, y no se os habrá escapado que el socialismo ha entablado relaciones con ella ". Según esto, ha de renovarse la separación entre el saber esotérico y el exotérico.

648. Nosotros no podemos ver en esas tentativas más que un ludibrio de la libertad de la Ciencia. Aparte de que no se logrará jamás cerrar herméticamente ante la publicidad hipótesis tan vastas como la que está ventilando la ciencia natural— toda vez que millares acechan á las puertas de las aulas para obtener de ella, ó una carta de franquicia para los antojos del corazón, ó cuando menos un emplasto para las llagas de la conciencia;— aparte de esto, decimos, quisiéramos observar á los muy numerosos sabios (y estadistas) acordes con VIRCHOW, que es muy inconsecuente pretender vedar á la publicidad el conocimiento de aquellas hipótesis que en la Ciencia se consideran como perfecta-

¹ El hachelismo en la Zoología. Hamburgo, 1876, pág. 20.

² La libertad de la Ciencia. Discurso pronunciado en 22 de Septiembre de 1877, págs. 11 y 12.

mente justificadas. Tiene razón FEDERICO DE HELLWALD en decir: "La investigación científica prosigue su tarea de indagar la verdad sin meterse á averiguar quién sacará provecho de ella, ni en cuya ventaja redundará este conocimiento de la verdad". Y cuando HÆCKEL reclama en el Congreso de Munich para la *enseñanza* la misma libertad que la que goza la investigación; cuando el catedrático AEBY exclama en el Congreso de sabios naturalistas reunidos en Cassel: "La Ciencia no tolera medidas coercitivas; lo que se permite *investigar* y *pensar* debe también ser lícito que se le enseñe," no habrá hombre discreto que no asienta á tales principios. Fuera de la barrera negativa que levanta la limitación de todo saber humano, la Ciencia no tiene más que una barrera, y es su *objeto, la verdad*. A la verdad debe supeditarse toda ciencia especial, bien sea ella misma la que la conozca, bien proceda con seguridad de otra fuente del conocimiento. Así tenemos señalada también la barrera que limita el uso de la hipótesis, y nos convenceremos de que esta barrera veda también tratar al monismo mecanista siquiera como hipótesis.

649. Esta barrera que pone límites al uso de la hipótesis es tan natural, que difícilmente habrá sido puesta en duda jamás. ¿A qué naturalista se le ocurrirá jamás establecer una hipótesis que envuelva la tesis de que dos más dos son cinco? Mas cuando la barrera *existe*, se conoce desde luego de qué modo debe usarse de la hipótesis.

Cuando una hipótesis es contraria á verdades que constan con firmeza en la conciencia universal de los hombres, hay que acogerla con la mayor cautela y circunspección, puesto que, dadas las veleidades revolucionarias del egoísmo humano, sería fácil que de ella se abusase, tal vez con muy perniciosos efectos. Si la hipótesis envuelve hasta la negación de verdades acreditadas que no admiten ya duda alguna, es preciso que mantenga con rigor su carácter puramente *metódico*, y no será lícito representarla como proposición *seria*, ni como "*desiderátum*", de alguna ciencia especial, toda vez que lo contrario valdría tanto como afirmar positivamente la *posibilidad* de que sea verdad la proposición sólo condicionalmente formulada. Semejantes dudas, meramente metódicas, eran muy frecuentes entre los pensadores de la católica Edad Media. Preguntaban, por ejemplo, si habría todavía posibilidad de que el espacio ó las cosas existiesen si no hubiese Dios; si el deber moral estaría suficientemente sancionado si no hubiese otra vida después de la muerte; si habría todavía un moti-

1 *Kosmos*. Revista para una concepción monista del mundo, 1877. Cuaderno correspondiente á Noviembre, pág. 136.

vo racional para acatar á la autoridad seglar si Dios no cuidase del mundo, etc. ¿Acaso fué en menoscabo de la reflexión científica el que aquellos filósofos no pusieran *seriamente* en duda las verdades en cuestión, sino que, sólo á modo de dudas metódicas, las presentasen como hipótesis? Si no se respeta la línea que hemos indicado, el investigador faltará en *todo* caso á la verdad, ya que de modo positivo representa como cosa que puede ser verdad lo que no puede serlo jamás. Cuando se trata además de verdades de gran alcance práctico, se expone á faltar gravemente á respetos que debe á sus prójimos.

650. Los defensores del modo monístico-mecánico de ver el mundo se creen dispensados de guardar semejantes delicados miramientos; como que para ellos no hay ciencia fuera de las ciencias naturales. "Yo lo miro todo con ojos de naturalista," dice el catedrático HÆCKEL. Eso suena lo mismo que si un médico dijese: "Yo no veo en todo el mundo sino un hospital; ó como si un músico dijese: "Lo que no contiene melodía no existe para mí." ¡Qué extraño es, pues, que, con todo, el mismo HÆCKEL nos diga: "En la mayor parte de las ciencias biológicas el método histórico-filosófico ocupa el lugar del exacto método matemático-físico!"

No hay por qué censurar que la ciencia natural lo mire todo científicamente, preguntando, en todos cuantos fenómenos ocurren, por su causa mecánica, ya que el ministerio principal de esta ciencia es indagar el vínculo mecánico-causal de los fenómenos de la naturaleza (núm. 10). Por lo tanto, no empieza á errar sino donde la ciencia natural, esto es, la ciencia que no debería, so pena de faltar á sus principios, salirse de la esfera fenomenal, se declara capaz de ofrecernos una concepción intelectual del mundo. En la construcción de un concepto en que el universo sea representado intelectualmente, se trata de más que de consignar y clasificar simplemente hechos accesibles á nuestros sentidos; trátase también de más que de conocer las leyes conforme á las cuales los fenómenos naturales están unidos entre sí por un lazo causal. Trátase de aprehender la razón más profunda del universo, y á la vez el punto más elevado en que se muestra el fin último del mundo y de sus partes. Aquí sólo penetra el entendimiento pensador⁴.

4 A los que están poco familiarizados con el lenguaje corriente en los círculos científicos, conviene recordarles la distinción que suele hacerse, y que nosotros aceptamos, entre el "entendimiento pensador" y el trabajo de la investigación científico-natural, aunque la palabra "pensar" se tome en sentido estricto, según que se refiere al *conocimiento metafísico*. El pensamiento en sentido lato, según que se aplica á todos los actos del entendimiento, tiene lugar en toda ciencia (n. 12), y en general en el ejercicio de toda actividad específicamente humana. Sin el auxilio de este "pensador entendimiento" no digo sería dado á KEPLER el exponer y probar sus conocidas leyes, pero ni al simple obrero hacer las obras de su oficio.

Luego que el hombre quiere formarse una concepción del mundo, no se detiene ya en el terreno de los fenómenos naturales; aun vuelve las espaldas á la ciencia que los tiene por objeto. Permítasenos emplear todavía otro símil. Una concepción del mundo se distingue de los conocimientos que nos proporcionan las ciencias naturales, como una sinfonía de las ondulaciones acústicas que en ella se verifican. La sinfonía y el placer que causa se refieren á tonos y sonidos, pero no se ha respecto de ellos como la Física, y no es lícito decir que no sea lícito el concebirlos de la manera que los concibe el artista, porque no es ésta la manera científico-natural de concebirlos. Así como las ondulaciones del aire no carecen de importancia para producir la sinfonía que deleita nuestro oído, tampoco los fenómenos son indiferentes en el drama del mundo. Existe una conexión interna, aunque no tal que las sinfonías de BEETHOVEN queden suficientemente explicadas cuando se dice con exactitud matemática que son movimientos mecánicos ondulatorios de tal ó cual carácter de vibración. La cuestión principal será siempre saber á qué fin, á qué principio ideal esos movimientos mecánicos ondulatorios sirvieron de medios de ejecución.

Análoga á ésta es la relación que existe entre el objeto de la concepción del mundo y el objeto de las ciencias naturales. El entendimiento *que razona* se ha con lo principal, con la concepción del todo, mientras que el entendimiento puesto al servicio de la ciencia natural indaga lo accesorio, el nexa causal de los fenómenos naturales. Así como en las obras de BEETHOVEN el conocimiento de los pormenores de la acústica mecánica no pudo hacer sino un papel muy secundario, el conocimiento de los diferentes fenómenos naturales no puede de ningún modo alterar la totalidad de la concepción del mundo; y así como no fué menester esperar á la Física contemporánea para hablar, cantar y tocar los instrumentos de música, tampoco se debe á los nuevos resultados obtenidos en el siglo XIX por las ciencias naturales la posibilidad de formar una concepción acertada del mundo (núm. 59). De otro modo, ¿cuál habría sido la suerte de la humanidad? ¿Acaso no nos hace más falta un modo correcto de contemplar el mundo que las artes de hablar y cantar? En efecto, el conocimiento ordinario de la naturaleza basta al hombre para que se construya la verdadera concepción del mundo reflexionando á la luz de su razón. Y así es que las líneas esenciales de la verdad filosófica están trazadas ya en la humanidad desde millares de años, no como resultado de la investigación de la naturaleza, sino como verdad aprehendida por el pensamiento, que ya más allá de los fenómenos sensibles. Muy bien puede la ciencia natural examinar las materias que le son ajenas; aun le agradeceremos este examen, así como nos aprovechamos con gozo de sus des-

cubrimientos en Acústica. Mas cuando, engreída con sus conquistas, intenta cerrar contra la concepción verdadera del mundo, cuyos fundamentos y almenas no se hallan dentro del campo en que ella domina, hágase cargo de que obra con tanta falta de juicio como si, orgullosa de sus descubrimientos acústicos, pretendiese probarnos que las sinfonías de BEETHOVEN son cacofónicas. A la verdad, uno pudiera sentirse tentado á aplicar á ciertos sabios naturalistas lo que GÖTTE decía respecto de los matemáticos: "Son gente rara; sus grandes méritos les han inducido á erigirse en jurado universal, y ya no quieren reconocer sino lo que entra en sus círculos, lo que su órgano puede tratar".

Según lo que llevamos dicho, no admite duda el que no puede ser lícito á los sabios naturalistas, desde el punto de vista de la Ciencia misma, tratar al monismo como un *desiderátum* que tal vez puede resultar conforme con la verdad. En muy poco tiene á la Ciencia quien opina que desde luego puede establecer como hipótesis proposiciones contrarias á verdades inconcusas, y acomodar después con violencia un cúmulo de observaciones naturales al lecho de Procusto de las suposiciones presentadas como dogmas, á fin de invocar luego el testimonio de las ciencias naturales contra toda verdad conocida por otra vía. Eso es un embuste solemne. Mas ¿qué hemos de decir á los que de ese modo atacan en nombre de la Ciencia á verdades que constituyen la base de la Religión, de la Ética y del orden social? Todavía hemos de volver sobre este extremo de la cuestión.

651. Aunque lo dicho basta y sobra para que se considere como inadmisibile el monismo aun presentado como mera hipótesis, todavía creemos deber recordar que, aun aparte de su hostilidad contra verdades que nos constan por otro lado, no se puede conceder al monismo el carácter de una hipótesis científica por cualquier aspecto que se le mire. Una hipótesis no tiene valor para la Ciencia sino cuando, presupuesta su verdad intrínseca, ayuda á explicar hechos indudables. Pero cuando para explicar una hipótesis es preciso presuponer hechos nada probados, no puede hablarse ya de

¹ *Apoteogmas en prosa*, tomo III, pág. 299.— Para que se vea en un ejemplo notable con qué ignorancia tan increíble ciertos naturalistas juzgan acerca de verdades pertenecientes á otro terreno, vamos á transcribir las palabras siguientes del catedrático HERZEL. En su polémica contra el catedrático VINCOW, dice con ironía: «El dogma de la Trinidad como fundamento de las Matemáticas, el dogma de la resurrección de la carne como fundamento de la Medicina, el dogma de la infalibilidad como fundamento de la Psicología, el dogma de la Inmaculada Concepción como fundamento de la teoría de la generación, el dogma del sol parado como fundamento de la Astronomía, el dogma de la creación de la tierra, plantas y animales como fundamento de la Geología y Filogenia, éstos ó cualesquiera otros dogmas de otras Iglesias, suplen perfectamente á toda otra doctrina» (*Ciencia libre y enseñanza libre*, pág. 63.) De buen grado suponemos que no fué la malicia, sino la ignorancia, la que hizo al Darwin jenense expresarse de la manera que se ve. Mas ¡qué ignorancia tan piramidal en el cerebro de un catedrático de Universidad!

ninguna hipótesis admisible, sino solamente de una presunción sin fundamento ni provecho.

Hemos visto: *a)* que el monismo mecánico presupone para explicar los fenómenos una razón (el mecanismo) respecto de la cual no sabemos, ni *a priori* ni *a posteriori*, si es proporcional á los efectos que se le atribuyen; *b)* que las consecuencias sacadas de dicha razón explicativa no son congruentes jamás con la realidad; *c)* que tiene que *fingir* toda una serie de hechos para hacer de algún modo plausible esa razón hipotética.

Esto es más que suficiente para condenar por ilegítima la hipótesis del monismo mecánico.

§ IV

El monismo mecánico y sus consecuencias práctica en la vida.

652. Por los frutos se conoce al árbol, y por la Ética se mide cuánta verdad encierre una concepción del mundo y de la vida. GWINNER, uno de los biógrafos de SCHOPENHAUER, intenta disculpar el penoso contraste que la vida «práctica», de su héroe hace con su «ascética doctrina», diciendo: «Quien no sabe distinguir entre la teoría y la vida, el conocer y el obrar, será un buen hombre, un cristiano serio, pero no es un filósofo... Esta afirmación no deja de tener ciertos visos de verdad mientras se trata de yerros prácticos aislados y que no tocan al modo de concebir la vida; mas cuando se trató de la conducta práctica, á la cual el filósofo se abandona durante su vida entera y por principios, no es más que una frase hueca, á no ser que se entienda por filósofos hombres que, como puros fariseos, juegan frívolamente con la verdad y con la Ciencia. La verdad debe comprobarse en la práctica, porque por la práctica se conoce la teoría. Una filosofía de que resulta por modo consecuente una Ética indigna del hombre, no posee la verdad. En otro lugar hemos oído con qué energía reconocen la importancia decisiva de la Ética varones presos en preocupaciones empiristas y anticlericales y hostiles á todo conocimiento suprasensible. Solamente la más ordinaria superficialidad, la más trivial bajeza de carácter y la más relajada licencia de la vida podrían inducir á pensar de otro modo acerca de la importancia de la Ética. ¿Cuáles, pues, son las consecuencias del monismo mecánico en el terreno de la Ética? No hay cosa más sencilla de ver.

Esta concepción del mundo atribuye la mayor importancia á la *negación absoluta de las causas finales*. Mas cuando no se puede aspirar á ningún fin, no hay voluntad, no hay libertad. Todo he-

cho bueno ó malo se convierte en efecto de una causa que obra por necesidad. La conciencia, si de conciencia fuera todavía lícito en este caso hablar, quedaría reducida á una frecuencia habitual fortuita y destituida de toda importancia. Si alguien, dicen, fuese criado oyendo desde su juventud llamar buena y alabar á la dureza de corazón, á la envidia y malicia, y llamar mala y censurar á la abnegación de sí mismo; si se le inculcase también directamente que merece aplausos vender al amigo, engañar y dar muerte alevosa al prójimo benévolo, y que es ruin y reprobable ceder á los impulsos de la caridad y sacrificarse por otros; si los libros y el teatro volviesen á enseñarle *esta* distinción de bien y mal, acabaría en tal supuesto por hacérsele natural tener por laudable y bueno todo lo que designamos ahora como villanía y vileza, y considerar como malo é ignominioso lo que nosotros llamamos cumplimiento fiel del deber. Más de una vez sabios partidarios del monismo mecanista han sacado estas consecuencias de sus premisas antiteleológicas con palabras escuetas ¹. No descubriríamos tampoco en ninguna parte las huellas de la divinidad amorosa si, adonde quiera que mirásemos, no viéramos otra cosa que la imagen desnuda y descarnada del poder físico, la necesidad sin vida ni amor. «La destrucción del fin, dice TRENDELEBURGO donde habla de ESPINOSA, el despotismo de la causa eficiente es el carácter más notable del sistema de ESPINOSA, y sería llamado su ateísmo con más razón que la temible tesis de que Dios es la causa inmanente de todas las cosas... Es verdad que, cuando entendemos rectamente, nuestro conocimiento rebosa de júbilo de suerte que el amor de Dios es el cumplimiento de su alborozo. Pero ¿cuándo lo hace así? Creemos que allí solamente donde, así en lo grande como en lo pequeño, se revela al espíritu la armonía, que es la manifestación más bella del fin plenamente concebido ²...». Apenas es necesario advertir que lo dicho acerca de ESPINOSA es aplicable, por lo menos en la misma medida, al monismo hilístico.

El fin es el alma de la Ética. El concepto de la Ética requiere que enseñe *lo que debe de ser*. Mas ¿cómo cabe hablar de nada que deba ser si no hay fin? Así como no hay ningún verdadero

¹ Entre otros el Doctor PABLO RÉR, *Origen de los sentimientos morales*. Chemnitz, Schmeitzner, 1877, pág. 21.—MARTIN REICHARD dijo en su carta á MOLTISCHOTT (1826) que la moralidad consiste en satisfacer á la naturaleza, no dejando duda acerca del sentido de sus palabras, pues afirma «que mientras haya hombres á quienes una propensión, un instinto predominante excita á empujar ó burtar, tales hombres no pueden ser hombres intrínsecamente morales sino siendo embusteros y ladrones». También el hombre que nació para ladrón trajo á la vida, lo mismo que cualquiera otro, «el derecho á acabar su naturaleza y desplegarla en todos los sentidos, y no puede ser una naturaleza vigorosa y moral sino de este modo. Y como el ladrón así todo otro sujeto vicioso, hasta el que nació para asesino.»

² *Disquisiciones lógicas*, tomo II, pág. 44.

ser natural, ningún ente orgánico, si en el fondo de los fenómenos no hay algo que aspire á un fin, por ejemplo, en la vida de una planta ó en la función de alguna parte, tal vez del ojo ó del pie, así no hay Ética sin fin á causa del cual exista la vida, sin aspiración que se dirija á un fin con libre determinación de la voluntad.

Mas no es suficiente para la Ética un fin cualquiera. El fin que pide la Ética está en el terreno de lo honesto, de lo conforme al orden, en suma, en el terreno de la conciencia, cuya voz percibe en su interior todo hombre no perverso. La moralidad consiste en la observancia del orden debido que nos ha sido impuesto por aquella voluntad superior que, por lo perentorio y absoluto de sus mandatos, se nos revela como la voluntad del que es principio primero y dueño único de todas las cosas. El que se somete libremente á esta santa voluntad, subordinándolo todo respeto á su propia utilidad, y si es preciso haciendo guerra al propio interés, es el único que obra moralmente. Y ¿en qué consiste la especie de fin que el monismo tolera á lo sumo? Ese fin es la conservación de sí propio, la lucha del individuo por su existencia. Bien que el hombre mire también á la existencia y al desenvolvimiento de todo el género humano, pero solamente en cuanto es un medio para amparar los intereses individuales¹. Está, pues, y sigue estando en el fondo el instinto egoísta de la felicidad, la "vida", á todo precio, y una vida de lo más agradable que puede ser. "¡Figúrese uno el género humano cual debiera haberse originado con la selección natural, favorecida rama lateral de los monos antropoideos! El temor de perder y el ansia de ganar serían los únicos motivos de sus actos; la sed inextinguible y cada vez más ardiente de los goces de la vida sería su ley suprema, y el discurrir los medios para procurarse placeres, evitar peligros, dolores y privaciones sería el único objeto de su industriosa actividad!" ¡Todas las potencias humanas bajo el servil yugo de la conservación de la vida! El monismo no conoce deberes; las ruinas del deber se muestran en él bajo la forma de sórdido egoísmo; el agente poderoso sería un instinto fuerte, ó bien una especie de estipulación relativa á lo que es útil á la sociedad: lo uno y lo otro puede combatirlo el individuo si no hay principio moral más elevado, y aun *debe* emanciparse de ambos cuando lo requiere el interés de la satisfacción inmediata ó de la ulterior evolución. El amor al prójimo sería tolerable, cuando más, bajo la forma de previsor egoísmo. Tonto sería quien asistiese á enfermos, quien diese de comer á hambrientos ó perdonase la

¹ Así lo enseñan CAENKI, *Grundlegung der Ethik* «Fundamentos de la Ética», Viena, 1875.—HOFFELING, *Grundlegung der humanen Ethik*. Bona, 1880.—ROTH, *Biologische Probleme*. Leipzig, 1882.

² VON HERTLING, *loc. cit.*, pág. 73.

vida á otros hombres competidores suyos en la lucha acerba por la existencia. Locura fuera sacrificar la vida para evitar un gran mal. El amor que el monismo quiere conservar como base de toda virtud consiste, según HÆCKEL observa de un modo explícito, únicamente en que el individuo sufra, por prudencia ó por fuerza, aquellas limitaciones que fomentan los intereses de su egoísmo personal. Por esta razón el monismo pretende "ser un fundamento racional de la vigente ley moral sobre la base de leyes naturales fijas". HÆCKEL encarece calurosamente el "ejemplo insigne, de *cria artificial de hombres*, cual se ejercitaba entre los lacedemonios y en algunas tribus indias, á la vez que tiene por incorrecta la "cria medicinal", por ser el arte de prolongar durante muchos siglos enfermedades crónicas.

653. Con las últimas observaciones abandonamos el terreno de la Ética. Habría que escribir bibliotecas si se quisiera descender á los detalles al pintar la inundación de desórdenes que por las exclusas de la doctrina monista invadirían todos los campos de la vida humana. Permítasenos añadir aún algunas indicaciones.

Que el monismo significa la ruina de todas las relaciones *jurídicas*, es evidente para todo el que considere que el deber jurídico no es sino un deber moral respecto de las pretensiones legítimas de otros, y que estas pretensiones mismas se apoyan en último resultado en otro deber moral. La ruina de la Ética lleva consigo la del Derecho. Algunos monistas no quieren admitir esta consecuencia, y sin entrar en la discusión de los principios señalan el gran número de monistas bien acomodados que poseen un sentimiento de derecho muy vivo. No es posible disputar acerca del hecho que se afirma. Si existe, recuérdese la teoría monista, según la cual todos los instintos morales se transmiten por herencia lo mismo que los órganos, y aun pueden conservarse durante mucho tiempo en estado rudimentario. Los actos de orden moral que ocurriesen en la vida de los monistas deberían equipararse á "los rudimentos de cola en el hombre", que el Dr. BARTELS, el catedrático ECKER, el doctor ORNSTEIN y otros han hecho objeto de tan profundos estudios¹. Lo que probarían, sería que esos caballeros conservan todavía un resto de la herencia de sus cristianos antepasados, resto que ya no se adapta en su existencia actual, y sin duda irá desapareciendo por completo á medida que dejen de usarlo. Otros monistas tienen el valor de reconocer sin ambages las férreas consecuencias de los principios monistas. Y más de una vez se ha exigido que no se metiese ya á

¹ Revista Kosmos, año V, cuaderno II, pág. 13 y siguientes.

los ladrones y saltadores en presidios y cárceles para expiar sus delitos, sino que se les sometiese á tratamientos higiénicos en bien acondicionados hospitales, con mullidas camas y buenos manjares.

Muchas veces ya se ha acusado al monismo de ser el semillero del espíritu revolucionario y de perturbar todo el orden social. De parte de los monistas se ha contestado á tales capitulos que bien pueden ser consecuencias de la ilustración monista algunas revoluciones transitorias, pero de ningún modo un desorden social permanente. Para poder disfrutar de la vida con toda comodidad, los elementos desencadenados volverían á apaciguarse después de algún tiempo, hacer leyes y constituir un estado jurídico en el cual todos tendrían que sufrir ciertas limitaciones legales á causa de su propia ventaja personal. Durante algún tiempo, dicen, la humanidad desenfrenada por doctrinas monistas podría dilacerarse á sí misma ebria de libertad; pero después los hombres, resueltos á vivir de cualquier manera, volverían en sí y á imponerse por sus propias manos los vínculos de las leyes. Y según STRAUSS, la sociedad atea-darwinista del porvenir acabaría por sujetarse á sí misma con las más rígidas riendas del absolutismo. Lo que perdiese el amor á los ideales, lo ganaría la fuerza de hierro; el heredero del sacerdote sería el cabo de vara, el cetro real sería sustituido con el látigo del cosaco, y entre una y otra época habría tal vez un período de miseria.

¡Perspectiva encantadora! Pues, como observa VOLTAIRE, siempre es preferible ser despedazado por las garras de un león á ser roído por muchos ratones. Concedémoslo: la consecuencia del monismo no conduce necesariamente á la revolución, al desorden democrático-socialista, como á su término definitivo y permanente. Las "fieras", serán domadas después de algún tiempo, ó bien dejarán domarse por el hombre, y se doblegarán rugiendo á cualquier "legalidad". Pero ésa será la legalidad de la casa de fieras: la sumisión de alimañas adiestradas, pero no un orden social propio y digno de *hombres*. Sin embargo, en eso han de parar las naciones seducidas por la sabiduría monística si no prefieren, á ejemplo del hijo pródigo, harto de apacentar cerdos, volver á la casa del padre, que en mal hora abandonaron.

654. Nada dudoso puede ser, por lo tanto, qué llegarían á ser los hombres el día que invadiera sus ánimos la convicción de que no somos más que productos del azar ciego é ignorante, arrojados á este mundo para ser despachurrados despiadadamente en el rodaje de brutales fuerzas mecánicas que se disputan el dominio de la materia, como no luchemos sin tregua por encaramarnos atropellando á nuestros competidores.

Es verdad que no pocos monistas han disertado largamente sobre lo dichosos que nos debía hacer el saber que nos hemos elevado desde la vil condición de monos marsupiales y engendros del cieno hasta la alta nobleza de hombres, y cómo el pensamiento de haber ya medrado tanto debía levantar nuestros ánimos é infundirnos nuevos alientos para proseguir briosos por la senda que conduce á las cumbres de la perfección. Bien está; pero ante todo debemos saber claramente donde está esa cumbre de la perfección á la cual los principios del monismo prometen conducirnos. El fin más alto y más bello á que el hombre pudiera ahí aspirar, sería establecer las condiciones más favorables para satisfacer el egoísmo sensual, para servir los intereses de la existencia vegetal-animal. El más noble motivo que pudiera animar á pechos humanos sería la utilidad, más ó menos hábilmente embozada, para la existencia terrenal.

Y aunque semejante blanco, puesto á la actividad del hombre, fuera digno de los afanes de todos los corazones bien nacidos, ¿cómo puede, supuesto el dominio absoluto de los principios mecanistas, hablarse en serio de *infundir alientos* ni de estimular á la *perseverancia*, toda vez que se llama desde luego ilusoria toda libertad de la voluntad y aun todo conato de conseguir un fin? Cuando más, la sabiduría monista podría enseñarnos que, "dado que el hombre tenía tal ó cual naturaleza hace tantos y tantos centenares ó millares de años, sus descendientes se desarrollaron bajo la influencia de condiciones de todos sabidas, ó bien debieron desarrollarse gracias á las relaciones que los unían con el orden vigente en el universo, hasta llegar al estado en que se ofrece el hombre histórico en todos los lugares," después podría, introduciendo en el cálculo á la naturaleza actual del hombre, determinar de antemano, y con más ó menos verosimilitud, las alteraciones que en lo por venir habría de sufrir la humanidad moderna. Pero jamás conseguirá hacer tragar que una evolución realizada en cierto sentido sea algo que *debe* ser, y la opuesta algo que *no debe* ser. Jamás fundará con semejantes conceptos un precepto moral sobre una base verdaderamente ética; jamás podrá hacer al entendimiento de cada individuo humano comprender por qué existe para él la obligación moral, y confirmada por la conciencia, de coadyuvar al progreso en determinado sentido, aun cuando su interés propio, conmoviendo todas las fibras de su ser, le excite con la energía de la pasión á obrar de modo directamente opuesto ¹.

Luego una aspiración ética sin ningún fin ético, una aspiración que en el fondo no es más que un impulso mecánico á que se ob-

¹ HERTLING, *loc. cit.*, pág. 100.

dece con necesidad, y no, por tanto, ninguna aspiración: he aquí todo lo que el monismo mecanista deja para la Ética. Pero no solamente el fin y la aspiración, sino también el sujeto capaz de aspiraciones morales, el *hombre*, quedaría arruinado en dicha concepción del mundo. Porque no puede apenas imaginarse influjo más desmoralizador que decir al hombre por activa y por pasiva que no es más que—perdónese la expresión dictada por la brutalidad de la concepción de nuestros adversarios—una mole de carne vil, animada de egoísmo y aguijoneada por instintos ciegos, juguete indolente de las pasiones más diversas, pero justificables todas. Considérese también su emancipación de aquel poder supremo y santísimo que levanta al hombre desde la nada que tiene de sí; considérese la guerra declarada contra todo lo que recuerda á Dios; aquel ateísmo que no podrá menos de dar al hombre, de suyo flaco, tedio á todo lo que pretendiere llevarle á esferas más altas, y de rendir su fuerza moral y, empleando una frase de SCHILLER, señalarle el lodo como su origen, su ideal, su destino, su verdadera tierra patria. Vengan luego á hablarnos de Ética, de conciencia, de progreso, de dignidad humana. Frente á semejantes frases falaces, pero nihilistas en el fondo, debemos, según observa WEYGOLDT¹, dar la razón á aquellos intrépidos monistas que, habiendo conocido claramente lo que significan sus principios, identifican la civilización con el arte de domar á los hombres, declaran los ideales por errores deslumbradores, y no esperan ningún progreso sino en el campo del *comfort*, pero no en el de la moral y la humanidad.

Entretanto, innumerables ecos de la filosofía monista continúan anunciando las fantasías que les inspira su corazón á todas las clases de la sociedad, derrochando un caudal asombroso de erudición en dar tales delirios por novísimos resultados de la Ciencia, y señalando en lugar de todo argumento la aceptación, cada vez más extendida, que encuentran en el pueblo. ¿Es todavía maravilla que una multitud sin cuento de hombres "ilustrados," deje embauzarse, que huestes formidables de obreros enflaquecidos por las privaciones muestre con los puños cerrados tan inteligentes simpatías hácia el nuevo *Evangelio de la animalidad*? Si es que la ley de causalidad es valedera sin ninguna excepción, tampoco en este terreno dejarán de producirse los resultados que corresponden á las causas.

¹ *El darwinismo y la religión y la moral*. Leyden, 1878, pág. 145.



PARTE SEXTA

EL DUALISMO DE LA CONCEPCIÓN PERIPATÉTICO-ESCOLÁSTICA DEL MUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

Dios y el mundo.

655. El lector que haya seguido nuestras reflexiones con atención, habrása persuadido sin dificultad á que de ellas resulta naturalmente, y como por sí mismo, por decirlo así, *el dualismo entre Dios y el mundo* cual fué enseñado en la Filosofía antigua, como concepción del mundo única verdadera y sostenible en el tribunal de la Ciencia. Aquellos náufragos que, llevados por la corriente á una isla, infirieron la presencia de hombres de las figuras matemáticas que encontraron trazadas en la arena, no pueden ser culpados de haber errado. Con la misma razón con que infiero de la huella que veo en el polvo de la carretera que por allí pasó un caminante, y con que infiero en general de todo efecto una causa proporcionada al efecto, con tanta seguridad admito que semejantes causas no son meras "hipótesis," sino objetos de conocimiento seguro, aun cuando no pueda ver inmediatamente la causa cual es en sí misma. De esta suerte, también este mundo es un efecto que me hace inferir una causa, un efecto inmenso, exuberante, un efecto cuya riqueza crece en proporción geométrica ante mi espíritu á medida que adelanta la investigación. Infinito debe ser el poder que de ese modo juega con la existencia de las cosas. Tan grande debe ser, que todo el mundo con todo su esplendor es, comparado con ella, como la huella en el camino comparada con el